

Pichín®



Los monos "Dimba"

El Tomate Parlanchín

Tomando las máximas precauciones Pichín recorrió la distancia que le separaba de aquel cuerpo inerte que permanecía de bruces contra el suelo, conforme se aproximaba se disipaba la idea de que fuese el Capitán y pronto confirmó que se trataba de un simio grande, posiblemente un 'Dimba' adulto.

Cuando corroboró su sospecha y comprobó que el primate estaba muerto, llamó con gestos a sus compañeros que acudieron rápidos. Todos lamentaron que la huella que habían seguido no fuera la del fugitivo que buscaban, comenzaron a comprender con desesperación el porqué se perdía en algunos tramos las señales del rastro, indicación inequívoca de que en la espesura de los árboles, el mono avanzó, por las ramas de los árboles.

Entre todos dieron la vuelta al animal, y se les iluminó la luz de la expectativa al comprobar que el 'Dimba' tenía dos impactos de bala en el pecho y uno en la pierna izquierda, cuya sangre escurría hasta su pie, había muerto por los disparos de un arma de fuego y en aquellas latitudes solo el Capitán podía tener un fusil, por cuanto creyeron que no estaba todo perdido, que con seguridad el animal había sido atacado por el huído que buscaban, pero: ¿A dónde se dirigía el gran mono herido de muerte? ¿Le precedería el Capitán o habían tomado caminos distintos?

Determinaron seguir por la ruta que fijaba el sendero y tratar de averiguar cuál podría ser el destino de la misma, quizá la respuesta estaría al final.

Pasaron algunas horas de caminata, siempre con la máxima atención a las huellas del recorrido, y sobre todo atentos a cualquier sorpresa, de repente la senda desembocó en un meandro que confluía en una plazuela de escasa vegetación, la arena del suelo presentaba muchas pisadas, indicaban un fuerte forcejeo entre varios seres descalzos y también se percibían las de unas botas, miraron hacia un costado y vieron dos 'Dimbas' muertos por disparo de fusil y cerca junto al tronco de un recio y solitario árbol, la carabina del Capitán rota en dos trozos y golpeada con furia sobre el mismo.

Siguieron las pisadas ahora solo de pies, entre las que se podía observar sobre la reseca arenisca signos de que arrastrasen algo o a alguien.

Continuaron hasta el ocaso del sol dominados por la curiosidad y la rabia, lo hacían a una marcha ahora más acelerada, presentían que llegarían pronto al término del camino, como así sucedió; quedaron sorprendidos al ver que este finalizaba al borde de un profundo barranco y que al otro lado existía una pared rocosa con gran número de cuevas de pequeño tamaño, junto a otra principal que mostraba una amplia abertura.

Transitando algunos metros sobre la cumbre del cortado, vieron que se podía descender por unas



escaleras mitad natural, mitad artificial, cuyos escalones correspondían a fuertes raíces de árboles descarnadas de tierra por las lluvias y unas traviesas incrustadas entre ellas y los peñascos.

Luego de tantas emociones y trecho recorrido se imponía un descanso para emprender el descenso en una próxima jornada.

El grupo mantenía la moral alta, sabían que estaban ante el rastro real y que posiblemente en aquellas grutas que se divisaban en el otro frente del precipicio, podrían encontrar muchas soluciones.

Taumji, la más experimentada de las amazonas, comentó:

- Los grandes 'Dimbas' ser seres que vinieron de las estrellas, contaron mis ancianos, incluso algunos los relacionaban con dios MON.

El tema daba para mucho y las amazonas se pusieron a contar historias y fábulas muy interesantes, que Pichín y Sundi seguían con sumo interés, tenían la oportunidad de saber más sobre los habitantes de Atimon a través de sus leyendas.

Luego sortearon los turnos de vigilancia y se dispusieron a dormir.

De nuevo en marcha, descendieron por aquel intrincado camino que mostraba algún leve desplome de piedras, señal de que había sido transitado recientemente.

Por las insólitas escaleras, alcanzaron el fondo del despeñadero lleno de plantas espinosas y abundante maleza, lo cruzaron y consiguieron de la misma forma trepar por una ruta, de similares características, hasta la cueva principal, se internaron en ella circulando a través de un amplio y alto pasadizo que documentaba que por allí pasaban seres corpulentos, algunos de los pequeños agujeros que se veían desde el exterior eran oquedades destinadas a que pasara la luz y el aire, pero todo daba la impresión de que en tiempos remotos, en aquel mismo lugar, habitaron seres humanos, el techo y las paredes estaban ennegrecidas por el humo de muchas fogatas, arañando en el hollín con la hoja del machete, se veían extraños jeroglíficos y figuras de alimañas extravagantes, que sugerían representaciones de caza y batallas de los primeros tiempos de la tierra.

Siguieron avanzando advirtiendo que el corredor se inclinaba en pendiente hacia abajo, la oscuridad se hizo presente, escucharon gruñidos distantes y se desviaron hacia un lado por un angosto pasillo, hasta que llegaron a una pequeña balconada de rocas, donde



se veía al fondo una explanada circular iluminada por varias antorchas, en el centro se agolpaban un numeroso grupo de grandes monos 'Dimbas', interpretando una danza y moviendo sus blancos penachos con giros bruscos de cabeza. Luego desaparecieron por tres pasillos laterales emitiendo unos sonidos guturales y dejando una escena silenciosa y espeluznante.

El lugar en que estaban y la escasa luz del mismo les ponía en posición de privilegio para observar la dantesca escena en la que el Capitán, al parecer muerto, se encontraba empalado en un mástil, con la ropa desgarrada y mostrando una clara rigidez. Se miraron sorprendidos, sin saber qué hacer, con sentimientos encontrados ante aquella macabra escena, pero tenían que reaccionar, debían hacer algo.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com